



BIBLIOTECA DE LA ALBORADA.

UN EPISODIO

DE LA GUERRA

DE

LA INDEPENDENCIA,

por

D. Luis Navarro y Porras.

CÓRDOBA.—1861.

Imprenta de dicho periódico á cargo de don José
Gomez, plazuela de Frias, 34,

Reg. n.º 6.155

86059
XIX
1649

SECRET

SECRET

SECRET

SECRET

SECRET

SECRET

SECRET

SECRET

El 24 de mayo de 1808, el general Dupont salió de Toledo para Andalucía al frente de seis mil quinientos infantes franceses, tres mil caballos, dos regimientos de suizos al servicio de España y veinte y cuatro piezas de artillería. Cruzó las espaciosas llanuras de la Mancha, salvó las ásperas gargantas de Despeñaperros y apareció en la Carolina. En las ventas de Alcolea sostuvo un ligero choque con fuerzas españolas, donde había mas valor que pericia, y el día 7 de junio entraba en Córdoba. La pequeña resistencia que encontró en la puerta Nueva, contra la que jugó su formidable artillería, fué motivo bastante para que ordenase

el saqueo de la ciudad. La Catedral árabe, arrancada á los moros por la gloriosa espada de San Fernando, y los ricos Conventos de San Juan de Dios y del Cármen fueron los edificios que principalmente sufrieron el pillage y la dura ley del vencedor. Pero detrás de sus pasos no dejaba el general Dupont la conquista, quedaba el enojo y el vivo y ardiente deseo de la venganza. El paisanage de Andújar y Bailen, de Villa del Rio y Bujalance, del Carpio y de Montoro, se movia audazmente en son de guerra, que debia estallar de repente y mortífera, como el rayo de entre las nubes.

Era el dia 10 de junio. A la caida de su apacible tarde, desembocaron, casi á un tiempo, por los tres caminos que se juntan en el humilladero de Montoro, tres hombres de edad y en los trages diferentes.

Era el primero un anciano como de sesenta años, y de aspecto venerable. Vestia chupa, calzon y chaleco de paño fino negro: de seda negra eran las medias que cubrian sus piernas, y los zapatos de charol con hebillas de plata. Cabalgaba en una gallarda mula que valdria 400 ducados, enjaezada con preciosas gualdrapas.

El segundo era un respetable religioso, que cubria su cuerpo alto y robusto con el tosco y azul sayal de los PP. Franciscanos. Caminaba á pie

con un rosario en la mano derecha y apoyada la izquierda en un nudoso baston de acebo.

El tercero era un jóven de veinte años, de rostro agraciado y gentil apostura. Un sedoso vigote sombreaba su labio superior, dándole un aspecto semiguerrero. Venia montado en un hermoso caballo alazan, de los mas finos y generosos que se criaban en las riberas del Guadalquivir.

Al llegar junto al humilladero todos tres personajes se descubrieron ante la Imágen del Crucifijo, de piedra, que allí se ofrece á la veneracion de los fieles.

Hecha una breve oracion, murmuró el reverendo Franciscano en tono de rezo.

—Cuento con veinte hombres.

—Yo con cincuenta, añadió el anciano.

—Treinta ginetes desean con impaciencia derramar su sangre por la pátria, dijo el jóven con breve acento. ¿Dónde será la reunion, señor marqués?

—En el arroyo del Jardon.

—La hora? preguntó el Franciscano.

—Mañana al amanecer.

—Dios proteja la santa causa de la Independencia, exclamó el reverendo, inclinándose ante el Crucifijo.

—Oh! quién lo duda, dijo el jóven con noble entusiasmo. La lucha será larga y penosa, no im-

porta, mejor: cuantos mas peligros mas gloria.

—No hay conquista posible cuando un pueblo entero rechaza el yugo que quiere imponérsele, dijo con gravedad el marqués.

Luego añadió:

—¿Cuántos franceses vienen con el convoy de municiones?

—Trescientos, contestó el joven.

—¿A qué hora salen de Villa del Río?

—A las cinco.

—¿Son ciertas las noticias?

—Indudables. señor marqués.

—Pues guerra.....

—Hasta morir, dijo el joven.

—Carlos, eres muy joven todavía, y por larga que sea la lucha puedes verla terminada: no digas hasta morir; di hasta vencer.

—Me prometeis con tanta seguridad el triunfo, que ya lo considero cosa hecha. ¡Ah, Sr. Marqués! con la victoria y con mi amor, cuánta dicha me espera!

—¡Siempre pensando en mi María! dijo el marqués sonriéndose.

—Nunca se olvida lo que bien se ama.

—No me opongo á vuestro amor, Carlos. Bien lo sabeis, añadió el anciano tendiéndole la mano derecha al gallardo joven. ¡Ojalá que esa pura pasión dentro de poco la Iglesia de Dios la bendiga!

—Amen, murmuró el reverendo fraile Francisco.

Se había hecho ya la noche, y los tres personajes se separaron. El fraile, por el camino del pilar, se dirigió á Montoro; don Carlos partió al galope de su caballo por el camino de Córdoba. El marqués, al paso largo de su mula, desapareció entre los olivares que sombrean aquellas ágrías y pintorescas riberas del Guadalquivir.

A las diez de la noche llegó el marqués á la ca-
cería de campo en que habitaba: llamó, y las
puertas se abrieron para recibirle.

Un criado tuvo la mula por la brida, y otro sos-
tuvo el estribo derecho para que se desmontase.

Cuando se apeó el marqués, se dirigió á la co-
cina.

Veinte trabajadores de campo, sentados en ban-
cos de piedra, en derredor del hogar, estaban
allí limpiando enmohecidas escopetas, afilando
hoces y enñastando chuzos.

Al verlo, todos se levantaron en muestra de
respeto.

—Quietos, hijos, quietos, les dijo con acento cariñoso el marqués. Mañana habrá una reñida lucha con los franceses, ¿con cuántos hombres de vosotros cuenta?

—Con todos, respondieron á una voz.

—Bien, hijos míos, gracias. Ese valor decidido me llena de orgullo y alegría. Luchemos denodadamente por España; feliz el que sucumbe por defender una causa tan justa!

Nadie contestó; pero todos los trabajadores, con la cabeza baja, continuaron limpiando las escopetas y afilando las hoces y los chuzos.

El marqués los miró en silencio por largo tiempo, y su noble corazón latía lleno de generoso entusiasmo. Aquellos hombres sencillos é inespertos iban dentro de pocas horas á medir sus armas con los vencedores de Marengo y Jena. *El intentar solo era heroísmo.*

—Cenad bien, hijos míos, exclamó el marqués, después de haberse hecho estas reflexiones. La carne de una ternera, destinada á las útiles y pacíficas operaciones de la labranza, reparen vuestras fuerzas con su alimento sano y nutritivo; acostaos luego y descansar hasta el amanecer.

Dicho esto se encaminó á sus habitaciones.

En una ancha y larga, adornada con grandes ventanas de hierro, estaba su hija María. Era una preciosa joven de diez y ocho años, pura y

delicada como una azucena. Vestía á estilo de las campesinas, guardapiés encarnado, corpiño negro, y blancos pañuelo y delantal.

—Tarde venís, padre mio, dijo la bella jóven acercándose al anciano. Muy tarde en verdad. La guerra con los franceses ha llenado toda esta comarca de peligros, y los arrostrais.

El marqués besó apasionadamente el rostro fresco de su hija, y sentándose junto á una ventana, dijo.

—He visto á Carlos, María. Te envia sus recuerdos.

María se puso encendida como una amapola.

—Me ha dicho también que te ama, añadió el venerable anciano. Bendito sea ese amor.

—Oh, padre mio, exclamó María reclinando su hermosa cabeza sobre el pecho del marqués, ¡cuán bueno sois!

Este alzó suavemente la cabeza de su hija para besarla, y vió que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Lloras, María? lloras? le preguntó con sorpresa, ¿no te hace feliz ese amor?

—¡Pobre amor mio! suspiró la dulce jóven.

—¡Pobre amor mio! exclamó el marqués.....

¿Por qué hablas así, hija mia?

—Tengo el amargo presentimiento de que ese amor, que me hace tan feliz, se desvanecerá como

un ensueño dichoso. Carlos odia á los franceses: Carlos los combate; morirá.

Pronunció María esta última frase con un acento tan lúgubre, que el anciano se estremeció. Después de un rato de penoso silencio le dijo á su hija.

—¿Y tú María no odias á los enemigos de tu patria?

La dulce jóven al oír esta pregunta, que encerraba una reconvencion, se irguió como si la hubiese animado un espíritu, y las lágrimas se le secaron en los ojos.

—Los odio, dijo con resolucion; y no pediria gracia á un francés ni por mi vida, ni por la de Carlos.... ni aun por la vuestra, padre mio.

—Oh! España se salvará, dijo con alegría e marqués.

Y luego abrazando suavemente á su hija, añadió:

—Acuérdate siempre, María, de esa promesa, y haga el cielo que sea para tí tan inquebrantable como lo es un voto sagrado.

—Setenta, respondió el fraile Francisco.

—¡Para trescientos franceses! exclamó don Carlos con alegría.

Un murmullo de satisfacción que se alza á un mismo tiempo de los tres grupos, coronó este generoso arranque de don Carlos.

El marqués le estrechó una mano con cariño.

Pasado un rato, y viendo que ya alboreaba el día, dijo:

—La hora se acerca, estemos prevenidos. Vos y los vuestros, fray Francisco, ireis á situaros en los olivos de la izquierda, y cuando esté generalizado el combate, cargad por retaguardia. Yo quedo en el fondo del campo y saldré á la carretera á provocar á los franceses.

—¡En el sitio de mas peligro! murmuró don Carlos al oído del marqués.

—Tengo setenta años cumplidos, hijo mio, le contestó el noble anciano con dulzura. He vivido ya los mas felices de mi existencia, la muerte vendrá pronto para mí, ¿donde podré encontrarla mas dulce que defendiendo la independendencia de mi pátria.

—¡Noble corazón! exclamó don Carlos con admiracion y ternura.

—Tú y tus amigos, añadió el marqués, ireis á situaros á la derecha de la carretera, entre las ercinas del cortijo de la Torre de Villaverde. Guan-

do lleguen los franceses saldrás solo á su encuentro é intimarás á su jefe á que se rinda. Espero tu respuesta para obrar.

—¿Y luego? preguntó don Carlos.

—Por detrás del puente de Jardon pasarás la carretera, y volverás á reunirte con tus amigos.

—¿Dónde tomaré posicion en el combate?

—Donde la muerte haga mas víctimas, murmuró el anciano con sordo acento.

—¡Oh, gracias, señor marqués! exclamó con viveza don Carlos.

Y montando en su caballo, se alejó á todo galope.

A las siete de la mañana llegaron los franceses á lo alto de la cuesta, en cuyo fondo pasea sus aguas el arroyo Jardon; nadie aparecia en aquellos contornos, llenos de un sostenido y profundo silencio.

Empezaban á bajar la cuesta, cuando don Carlos les salió al encuentro.

—¿Cuál es vuestro jefe? preguntó en correcto francés á un dragon.

—Yo, contestó en español el jefe que estaba alli cerca, ¿qué deseais?

D. Carlos le saludó con grave dignidad, y dijo:

—Vengo á intimaros la rendicion, caballero.

—¡La rendicion! exclamó el jefe con sorpresa.

Y despues de pasear la vista por todo el hori-

zonte, añadió sonriéndose:—Estais solo, y somos trescientos contra vos.

—No hablo por mi propia cuenta, dijo D. Carlos: la proposicion que tengo el honor de haceros, es en nombre de nuestro jefe el Excmo. señor marqués de los Llanos.

—¡Luego hay preparada una emboscada!

Sonrióse don Carlos, y dijo con la mas fina cortesía.

—Una emboscada! Considerad, señor, que nunca puede haberla cuando la precede, como ahora, una declaracion de guerra.

Mordiósse el lábio inferior el jefe de los franceses, y contestó.

—Decís bien, caballero, y en definitiva ¿qué me proponéis?

—He tenido ya la honra de anunciároslo, que rindais vuestra espada.

Hirguiósse el francés sobre la montura de su caballo, se afirmó en los estribos, y tomando una apostura enteramente militar, dijo con delicada ironía:

—Soy por mi padre francés y español por mi madre; me anima el valor vivo y ardiente de la Francia y el valor generoso y perseverante de Castilla, ¿creeis ahora que pueda decidirme á entregaros mi espada?

—No lo espero, contestó lacónicamente D. Carlos.

—Entonces....

—Deseo vuestro permiso para retirarme, añadió el gallardo joven.

—Lo teneis, caballero, contestó el jefe de los franceses.

D. Carlos saludó de nuevo, y partió al escape.

—¿Qué dice el enemigo? preguntó el marqués á don Carlos, cuando estuvo á su lado.

—Que no se rinde, señor.

—Acepta el combate?

—Lo acepta.

—Pues que la proteccion del cielo caiga sobre nuestras armas, exclamó pausada y gravemente el noble anciano. Y al frente de sus criados salió á la carretera.

Las tropas francesas avanzaban despacio, unidas y con las armas prontas á la defensa; conocian la inminencia del peligro, y lo arrostraban con serenidad. El grupo de españoles estaba inmóvil y atento á las evoluciones de sus contrarios. Diez dragones franceses pusieron sus caballos al galope y acometieron. El sol reflejándose en el limpio acero de sus espadas, centelleaban inquieto y fascinador como la luz del relámpago.

Los españoles los dejaron acercarse, y dispararon á un tiempo. Ocho franceses cayeron, tres muertos y cinco heridos; dos volvieron la espalda.

—Recoged los heridos, exclamó el marqués, y misericordia para ellos.

Algunos españoles se adelantaron y esta orden fué obedecida.

—Ahora alerta, volvió á decir el marqués, el enemigo carga de nuevo.

Otros diez dragones se acercaban al escape.

—Abridse y dejarlos pasar, gritó el anciano jefe español.

Y sus fuerzas, partidas en dos mitades, se replegaron á ambos lados de la carretera.

Los dragones ciegos de coraje, y no refrenando á tiempo el impulso de sus vigorosos caballos, pasaron como una exhalacion.

—Fuego por la espalda, gritó el marqués con ronco acento.

Souó una esplosion. cuatro dragones cayeron á tierra, los otros se esparcieron en los olivares vecinos.

A poco se oyeron varios tiros.

—¡Oh! desgraciados, murmuró el marqués, ninguno volverá á sus filas. Los compañeros del reverendo fray Francisco los están diezmando.

—Viva España! gritaron los españoles entusiasmados y juntos ya todos en la carretera.

—Viva Francia! contestó el jefe de las tropas de Napoleon. Soldados de Marengo, á la bayoneta.

Y con la mitad de sus fuerzas se lanzó á la carga.

Cuando hubo bajado dos tercios de la cuesta

del Jardón, don Carlos con sus ginetes salió de entre los encinares y les cortó la retirada.

— ¡Rayos del cielo! gritó con ira el jefe francés, estamos cortados. Fuego y firmes.

Sonó una descarga cerrada, á que contestó otra también muy nutrida. Luego se oyeron gritos y quejas, suspiros y maldiciones.

Los españoles del reverendo habían salido por detrás del segundo cuerpo de franceses á la carretera, y le disputaban tenazmente la posesion del convoy.

D. Carlos, en medio con sus ginetes, cargaba á un lado y á otro.

Lo que empezó por una guerrilla, era ya un combate vivo, empeñado y sangriento.

A la media hora los franceses que custodiaban el convoy empezaron á retirarse en buen orden hácia Villa del Rio: sus filas aunque parecian cerradas, estaban diezmadas por el plomo español.

El reverendo Franciscano les picaba la retaguardia. El segundo cuerpo, con su jefe á la cabeza, hostilizado por frente y espalda por el fuego del marqués y las cargas de don Carlos, se sostenia á pie firme con un valor heróico. Tanta serenidad y tanta disciplina escitaban la admiracion.

Poco á poco el suelo fué cubriéndose de cadáveres franceses; á los vivos una sed ardiente los devoraba. Entonces intentaron retirarse, pero al

hacer los primeros movimientos, don Carlos atacó con ímpetu y resolución, é introdujo el desórden en sus filas.

El desórden en un ejército es la derrota. Todavía el jefe, aunque herido, intentó rehacerse al frente de algunos soldados. D. Carlos lo vió, y con la espada en la mano izquierda y en la derecha con una pistola montada, corrió hácia él.

—Rendíos, señor, le dijo cuando estuvo cerca, la resistencia seria una temeridad.

—Matadme con vuestra pistola, caballero, contestó pausadamente el francés; matadme si os ataco con mi sable. Mi obligacion es morir matando, y la cumpliré.

D. Carlos avió la pistola y disparó al aire. Luego empuñó la espada y avanzó.

—Gracias, caballero, dijo el jefe francés, y se puso en actitud de defensa,

En este momento el marqués llegó al trote largo de su mula, armado con un retaco.

—Al caballo, gritó con acento sonoro y pausado, y disparó.

El caballo del jefe francés, al sentirse herido en una cadera, rompió en un correr desenfrenado.

Y ginete y caballo desaparecieron entre las encinas.

Cuando los soldados se vieron sin jefe, todos se

rindieron á discrecion: no eran mas que veinte; los ochenta restantes habian muerto ó yacian heridos.

—Gracias á Dios, exclamó entonces el marqués, descubriéndose la cabeza llena de venerables canas; gracias á Dios, origen de todo poder, habeis derrotado á los vencedores de pueblos y reyes.

Y un viva unánime á Dios, á la pátria y al Rey, salió de los grupos españoles. Un viva prolongado y enérgico, solemne como un Te-Deum, entusiasta como un canto de victoria.

—Recoged los heridos y dad sepultura á los cadáveres, añadió el marqués cuando se serenó el entusiasmo de sus compañeros. Si en el mundo hemos sido sus enemigos, delante de Dios debemos ser sus hermanos. Algunos españoles empezaron á cavar una fosa.

Entretanto el marqués se acercó á D. Carlos.

—Vé, le dijo, á mi hacienda y anuncia á María la victoria y mi buena salud: esta noticia añadió sonriéndose, dada por tí debe serle doblemente agradable.

—¡Cuán bueno sois, señor! murmuró don Carlos.

Y como el amor tiene alas, pronto desapareció entre el polvo del camino.

Pocos minutos mas tarde tambien se marcharon juntos el marqués y el reverendo Franciscano.

Al día siguiente, en las encinas próximas del lugar de la batalla, aparecieron colgados algunos franceses de los que perecieron en ella. ¿Quién cometió este acto de fría y bárbara ferocidad?— La historia lo ignora; pero el buen sentido dice: que no fué, de seguro, el pueblo que horas antes les hizo frente con tanta hidalguía, y los venció con armas desiguales en abierta y ruda batalla.

IV.

Quando don Carlos entró en el camino que conducia á la hacienda del marqués, notó que estaba manchado de sangre á cortas distancias; de lo que infirió que por allí debia haber pasado alguno de los heridos en la batalla del Jardon. Quanto mas se acercaba, advirtió que las manchas eran mayores y mas repetidas. En el patio de la hacienda vió ya un charco de sangre. El herido sin duda alguna se habia detenido allí largo rato. Don Carlos se desmontó de prisa de su caballo, lo ató de la brida en un copudo álamo, y entró.

Nadie encontró en la planta baja; al subir la escalera apareció Maria en la primera meceta.

Estaba pálida, pero serena.

—¡Ah! exclamó la dulce jóven al ver á don Carlos. Sabia la victoria, pero ignoraba á qué precio se habia comprado. Gracias al cielo, veo que mi padre vive.

—¿Quién te lo ha dicho, amada mia?

—Tú, Carlos, contestó María. Tú no estarías aquí, si mi padre hubiese muerto.

—¿Por qué? preguntó don Carlos acercándose á su amada.

—Porque defendiendo su vida, hubieras perdido antes la tuya, amor mio.

—Otra pregunta, María, añadió luego el gallardo jóven. ¿Quién te ha traído la nueva de la victoria?

—Mr. de Faria, jefe de los franceses. Llegó herido á las puertas de esta hacienda, me declaró su calidad y su nombre, y le compadecí.

—¿Dónde se encuentra?

—En la alcoba y en el lecho de mi padre. Le he prometido la vida y la libertad.

—Bien, amor mio, exclamó don Carlos, vuélvele en buen hora la libertad y su espada. España no teme á sus enemigos; los combate. Aquí se forman ejércitos que luchan y vencen á ejércitos constituidos con todas las reglas militares y amestrados por el gran Napoleon. Estos ejércitos nadie los manda, los guia el patriotismo; nadie los ali-

menta, se abastecen ellos propios; sus almacenes son sus mochilas. Viven, se agitan, combaten y vencen, sin que se sepa de donde salen, ni á donde se dirigen: no pueden ser aniquilados, sin que España sea aniquilada, porque esos ejércitos los forma la Nación. Su conquista seria la mas grande hazaña del capitan del siglo; pero esa hazaña no aumentará su fortuna ni el brillo de su gloria.

—Oigate Dios, Cárlos, exclamó María entusiasmada.

Pasado un rato le dijo el jóven.

—Amor mio, te conoció el jefe francés?

—No: me tiene por una sencilla labradora. Le he ocultado mi nombre y calidad.

—Cuánto tiempo estará aquí?

—Lo que tarde en restablecerse, un poco: cuando recobre algunas fuerzas, acompañado de dos criados de confianza, se marchará á Andújar.

—Noble accion digna de tu alma de ángel, dijo don Cárlos. Voy á publicarla para que el mundo caiga á tus pies y te adore, como yo te adoro.

—Oh! nó, amor mio, contestó María con bajo y suavísimo acento. Es una obra de caridad y divulgándola perderia todo su mérito: no quiero que la conozca mas que Dios y mi alma.

—Y me la cuentas á mí, dijo don Carlos sonriéndose.

—Es que tú eres la mitad del alma mía.

—¡Qué feliz me haces! exclamó don Carlos. Dichoso quien merezca tu amor, María.

V.

Eran los primeros días de julio de 1808. En Andújar, los oficiales del ejército francés allí acantonados, celebraban un consejo de guerra para fallar la causa formada á don Carlos, á un anciano labrador, y á otros dos compañeros, por los sucesos del Jardon.

Hacia poco que habian sido presos y reconocidos por algunos de los soldados que estuvieron en aquella batalla.

El tribunal estaba reunido en una de las salas de la cárcel. Los reos entraron.

D. Carlos se sonreia desdeñosamente: el que pasaba por anciano labrador, se mostraba grave y

severo; los otros dos, en su indiferencia, parecían actores extraños á aquella escena.

A instancia de los jueces se sentaron los reos en bancos de madera, mientras duró la lectura del proceso. Cuando terminó, dijo el presidente á don Carlos:

—Teneis que hacer alguna observacion, caballero?

—Una sola, contestó don Carlos levantándose y saludando cortésmente. He declarado, lo sabeis, que estuve en la batalla del Jardon; se recogieron allí laureles harto gloriosos, para que yo renuncie á ceñirlos á mi cabeza, aunque haya de cortármela el verdugo: además Mr. de Faria, uno de vuestros mas valientes oficiales, me vió allí bastante de cerca para reconocerme, aunque ha tenido la caballeridad de olvidarlo. Pues bien, señores jueces, ya el jefe de los españoles, en la batalla del Jardon, declaró que ninguno de los acusados estuvo allí, y en nombre de la justicia pido su libertad.

El anciano labrador se levantó en este momento, como herido de una descarga eléctrica. D. Carlos se puso pálido, y un estremecimiento que dominó pronto, agitó todo su cuerpo.

—Deseais hablar? dijo el presidente al anciano.

—Lo deseo, y si está en mi derecho lo reclamo, contestó el anciano con acento pausado y grave.

—Hablad, dijo el presidente.

—Declaro, exclamó entonces estendiendo su mano derecha hácia un crucifijo que pendia en la pared, declaro á la faz de Dios y de los hombres, que el jefe de los españoles en la batalla de Jardon, era yó; de mi nació el pensamiento de combatir á los franceses; los demás fueron allí seducidos y engañados. Si la sangre francesa derramada exige una cabeza en el cadalso, esa cabeza debe ser la mia; si reclama mas de una, la mia debe ser la primera. D. Carlos, añadió volviéndose hácia él, teme que el peso de los años me haya quitado el valor para morir con la dignidad que merece la grandeza de España, y por eso acepta una responsabilidad que no tiene; de todos modos se lo agradezco, y moriré con ese consuelo. Señores jueces, odio á los franceses mis enemigos; y este odio solo se extinguirá con el último instante de mi vida.

Esto dicho, se sentó en continente reposado.

—¡Se ha perdido! murmuró don Carlos, ahogando un suspiro.

Los jueces permanecieron silenciosos. Tanta abnegacion les inspiraba respeto.

—Despejad, dijo por fin el presidente.

Los reos saludaron y salieron.

Al cruzar las galerías que conducian á los calabozos, don Carlos se acercó al anciano y le dijo con voz conmovida:

—Ah! señor, habeis estado cruel.

—Vive para María, Carlos, le contestó el anciano marqués, vive para mi hija. Yo bendeciré desde el cielo vuestra union.

Los carceleros los separaron.

—¡Pobre amor mio! suspiró don Carlos entrando en su calabozo.

—¡Pobre hija mia! murmuró el marqués cuando estuvo solo. Creo que pierdes á tu padre y á Carlos, todo lo que amas en la tierra.

VI.

Los reos fueron condenados á pena de muerte, que debían sufrir en horca y en la plaza de Andújar.

Dada y notificada esta sentencia, fueron puestos en capilla.

Entretanto el jefe francés Mr. de Faria, meditaba en los medios de salvar á don Carlos. Recordaba que el generoso jóven le hizo gracia de la vida en la batalla del Jardon, y queria mostrarse agradecido.

De pronto una idea feliz cruzó por su mente, y trató de ponerla por obra.

Llamó y se presentó su asistente.

—Sabrás guardar un secreto y serme fiel? le dijo mirándolo atentamente.

—Mandad, señor, contestó el soldado.

—Escucha; á las once tomarás de la cuadra mi mejor caballo, é irás á situarte en el puente del Guadalquivir, entre lo mas espeso de la alameda de la derecha. Allí, mas tarde ó mas temprano, te se presentará un español vestido con uniforme francés, entrégale el caballo, y déjale partir.

El soldado salió.

Un momento despues volvió á presentarse.

—Señor, una jóven española desea hablaros.

—Que pase, dijo Mr. de Faria.

La jóven entró: venia vestida de negro, y el tupido velo de su mantilla de seda le cubria el rostro. Avanzó despacio, y cuando estuvo cerca del jefe francés, se descubrió con dignidad.

—¡María! exclamó éste con acento en que se revelaba la alegría y la sorpresa. ¡María! mi ángel salvador, el corazon mas noble que he conocido en la tierra.

—María, sí, contestó la jóven con acento dolorido, María que viene á pedirnos un favor.

—¡Un favor á mí! escuchadme, dijo el francés, brindándole cortésmente con su asiento. Hace poco que llegué á la hacienda, en que habitábais, muy mal herido; mis enemigos para matarme me seguian de cerca; me ocultásteis á mis enemigos, y

pusísteis bálsamo en mis heridas. Tres días y tres noches velásteis junto á mi lecho; á la cuarta me enviásteis bien guardado á esta ciudad, al seno de mis compatriotas y camaradas. ¿Lo recordais todo?

—Sí, contestó la jóven.

—Pues entonces no me pidais favores, dadme vuestras órdenes, María, dijo el francés con nobleza.

—Deseo, señor, que me habrais la entrada de la capilla de don Carlos.

Y su rostro que estaba pálido, al pronunciar estas palabras, se puso blanco como una azucena.

—¿Os interesa ese jóven? le preguntó el francés.

—Le amo, señor.

—¡Le amais!

—Es mi hermano de leche; mi madre, que servia en su casa, lo crió á sus pechos.

—Oh! qué felicidad, exclamó el jefe francés. Escuchadme, María. Hace un momento pensaba en los medios de libertar á don Carlos.

—¿Y habeis encontrado alguno? preguntó María con viveza.

—Sí, dentro de poco entrarán á hacerle la guardia los soldados de mi regimiento, entre los que hay muchos de toda mi confianza. Un sargento llevará á don Carlos un uniforme francés, y bajo este disfraz saldrá libremente de su capilla.

En el puente lo aguarda mi asistente con un caballo, con orden de entregárselo cuando se presente: y así, antes que se sepa su evasión, habrá ganado las gargantas de Sierra-Morena.

La jóven, en cuyos ojos habia brillado la mas pura alegría, se quedó de pronto pensativa y triste.

Luego dijo:

—D. Carlos no huirá.

—Por qué? le preguntó el francés?

—Porque tiene un compañero, cuya suerte seguirá, sea feliz ó desgraciada.

—¿El anciano labrador?

—Sí, contestó María visiblemente conmovida.

—¿Y quién es ese hombre? Lo sabeis? Bajo un exterior sencillo se oculta en él un alma noble y elevada. Nadie lo conoce, ó mejor dicho, todos procuran desconocerlo.

—Es un pariente de don Carlos, á quien ama mucho, dijo María.

—Y afirmáis que don Carlos no huirá como no le acompañe el labrador?

—Me atrevería á jurarlo por la salvacion de mi alma.

El jefe francés llamó á su asistente.

—En vez de un español se presentarán dos, lleva otros tantos caballos y déjalos partir.

Cuando salió el soldado, añadió volviéndose á María.

—Ambos se salvarán, ¿estais contenta de mí?

—¡Oh! exclamó la jóven levantándose, la memoria del favor que me haceis, durará mas que mi vida; vivirá mientras viva mi alma.

—Deseais otra cosa? dijo el francés.

—La órden para ver á don Cárlos en su prision.

El jefe escribió una carta para el oficial de guardia.

—Ahora adios, señor, dijo María guardándose.

—Adios, María, contestó el francés despidiéndola con respeto.

Al verla alejarse murmuró:

—¡Gran pais España! En ella hasta los humildes labradores tienen el porte digno y la nobleza de los señores.

VII.

Pronto llegó María á la cárcel, mostró al oficial de guardia la carta que llevaba, y fué conducida á la capilla de don Carlos. Este, sentado en una banqueta, con las manos cruzadas sobre las rodillas, y los ojos fijos en la imágen de un Crucifijo, rezaba devotamente.

En su oracion ofrecia á Dios el sacrificio de su juventud y de su amor por la independendencia y felicidad de su pátria.

Al sentir ruido volvió lentamente la cabeza.

—¡María! gritó levantándose y corriendo hácia ella. María! mi amor. A qué vienes, desdichada?

—A salvaros, murmuró la jóven ocultando su

hermoso y afligido rostro sobre el amante pecho de don Carlos.

—¡A salvarnos! Has pedido gracia á los franceses?

—No, no, jamás sin tener antes permiso de mi padre, dijo María con resolucion. Juré no solicitarla nunca, y cumpliré mi juramento.

Y tomando asiento contó á don Carlos todo el plan trazado por Mr. de Faria.

—Al ir á su casa, no tenia otro objeto que pedirle una recomendacion para verte. Creia yo que mis súplicas y mis lágrimas, y el recuerdo de nuestro cariño, ablandarian tu pecho, y te haria amar la vida; y que uniendo tus súplicas á las mias, alcanzariamos de mi padre consentimiento para que pudiera pedirle gracias á Mr. de Faria.

Dichosamente la gratitud que te debe ese valiente soldado nos salva, sin que sea necesario hacerle una súplica. Acepta, Carlos, y que acepte mi padre la vida; ved en ello la mano de la Providencia, y que si morís, moriré.

—Sí, querida mia, huiré, exclamó don Carlos; sí, huiré, y el marqués tambien huirá; ¡te quiere tanto!

—Dentro de pocas horas, ¡Dios mio, que felicidad! murmuró la jóven.

—Ah! María, dijo don Carlos abrazándola con ternura, luz de mis ojos, vida de mi vida, tú eres

cuanto he amado en la tierra.

—Despues de veinte minutos pasados en un suave coloquio de amor, María, levantándose, dijo:

—Adios, Cárlos: mi larga estancia en esta capilla inspirará sospechas que conviene evitar. Hasta dentro un poco.

—Adios, María, suspiró don Cárlos abrazándola por última vez.

Y se separaron.

Cuando María desapareció, don Cárlos cayó á los pies del Crucifijo, diciendo:

—¡Ah, Señor! ¿Por qué mi corazon está lleno de lágrimas? Acaso no volveré á verla?

Y elevando su espíritu al cielo en alas de una oracion fervorosa, permaneció de rodillas mas de una hora.

A las once entró en la capilla un sargento francés.

—Necesito recado de escribir, amigo mio, le dijo don Cárlos, ¿podreis proporcionármelo?

El sargento se inclinó en señal de asentimiento. Salió y á poco volvió con papel y tintero.

D. Cárlos escribió al marqués su entrevista con María. En último renglon decia: quiero vivir porque amo.

El sargento le llevó la carta, al cuarto de hora volvió con esta respuesta:

«Cárlos: tenemos otros dos compañeros de desgracia, que compartieron con nosotros los peligros de la gloriosa batalla del Jardon. Abandonarlos siendo nuestros iguales, seria una cobardía; teniendo mas bajo nacimiento, seria una indignidad. No huiré, si ellos no van delante; por la puerta que sale un grande de España, debe salir mejor un plebeyo.

»Todas las grandes y nobles causas tienen sus victimas, inclusa la de la humanidad, por la que Nuestro Señor Jesucristo derramó su sangre toda. Corra la nuestra en la confianza de que es necesaria para la salvacion de la pátria; así será menos penoso el sacrificio.

»El recuerdo de María no parte el corazon. Dios la amparará.

Adios, hijo mio, un abrazo, el primero y el último, de tu padre el

Marqués de los Llanos.»

Dos veces leyó don Cárlos esta carta, y al concluir la última, recordando todo lo que dejaba en la tierra, murmuró:

—¡Pobre amor mio!

Luego llamó al sargento.

—Teneis órden, le dijo, de complacerme en todo?

—Sí, señor, contestó el soldado.

—Pues bien, los uniformes franceses llevádselos

á los otros dos presos; instruirlos en los concertados medios de evasión, y dejarlos partir.

A la una del mismo día, dos españoles vestidos con uniformes de soldados franceses y montados en buenos caballos, ganaban á toda prisa los ásperos vericuetos de Sierra-Morena. El marqués y don Carlos, sus compañeros de prision, perdiendo las suyas, salvaban sus cabezas.

VIII.

Al saber el general de las tropas de Napoleon la fuga de dos prisioneros españoles, ordenó que don Carlos y el anciano labrador fuesen ejecutados inmediatamente. A poco los tambores y cornetas tocaron llamada: poco despues se oyeron en las calles la acompasada marcha de los regimientos de infantería, y el áspero crujir del empedrado, herido por los caballos. Los regimientos formaron en la plaza, dejando en medio la horca, ese afrentoso suplicio de enhiestos palos y cuerdas flotantes, que imponia pavor á los corazones mas esforzados.

A las tres desembocó en la plaza el fúnebre

cortejo. D. Carlos venia delante, acompañado de un sacerdote, con el cual conversaba afablemente. Detrás, á corta distancia, le seguia el marqués apoyando su brazo en el de un religioso.

Era el reverendo Franciscano.

Al ver la horca, dijo don Carlos:

—¡Tanta infamia para tanto honor!

El sacerdote le contestó:

—Dios hecho hombre murió tambien en un patíbulo, hijo mio.

—Muramos como cristiano, exclamó entonces don Carlos. Y ahogó en su pecho un suspiro, que le arrancaba el recuerdo de María.

Luego subió la escalera con paso firme, dijo al verdugo que lo atára, miró con ojos serenos á la muchedumbre que oscilaba á sus pies, saludó al marqués que estaba en un ángulo de la plaza, y gritando: *Viva España!* bamboleó en el aire.

¡Era un cadáver!

El marqués que habia presenciado esta horrible escena con ojos enjutos, se santiguó devotamente y avanzó hácia la horca. Subió al tablado solo y despacio y se entregó en manos del verdugo. Cuando estuvo ligado se arrodilló á los pies del reverendo Francisco, el cual lo cubrió con su sayal, al cabo de tres minutos se levantó.

—Cumple tu deber, dijo al verdugo.

Y murmurando, viva la Virgen Santísima, espiró.

—Rogad á Dios, exclamó el religioso con voz entera y sonora, por el alma del Excmo. Sr. marqués de los Llanos, conde de Guadalmonite y grande de España de primera clase.

A la voz del Franciscano, contestó en un extremo de la plaza un grito agudo, penetrante, desgarrador, una de esas exclamaciones que oídas una vez, jamás pueden olvidarse. Era María, que sabiendo la fuga de dos de los presos, é ignorando si eran el marqués y don Carlos, venia anhelosa á salir de su incertidumbre.

Y la infeliz, al encontrarse con la horrible realidad, cayó al suelo transida de dolor.

IX.

Dada sepultura aquel mismo día á los cadáveres del marqués y de don Carlos, el reverendo Franciscano fué á casa del jefe francés Mr. de Faria. Manifestó deseo de hablarle y fué introducido en la habitación.

—Señor, le dijo el religioso, en vuestra casa está la hija del señor marqués de los Llanos. Su desgraciado padre en sus últimos momentos la puso bajo mi tutela. ¿Tendréis la bondad de entregármela?

—Decís bien, señor; María se encuentra en mi casa, contestó el francés con acento conmovido. Supe que una jóven se habia desmayado al pre-

senciar la tremenda escena de esta tarde. Temí que fuese ella, y corrí en su auxilio. ¡Era María! Pobre mártir!

—Ha perdido en un momento á su padre y á don Carlos, dijo el religioso con severidad: no tiene padre ni hermanos; no le queda en el mundo mas amparo que el mio.

—No se lo negueis nunca, señor, ampararla en nombre del cielo, murmuró el francés.

E introdujo al reverendo en la habitacion de María.

Esta, al verlo, se levantó del sofá en que descansaba. El religioso la estrechó sobre su seno.

—Os aguardaba, fray Francisco, dijo María con apagado acento. Marchemos.

Mr. de Faria le dijo:

—María, perdonadme, y rogad al cielo por mí.

—Dentro de pocas horas, señor, contestó María volviéndose hácia el jefe francés, habré entrado en un convento, y pasado un año, profesaré la regla mas áustera. Si el silencio y la paz de los claustros estinguen los odios y los dolores de que el mundo llena el corazon humano; si al hacerme esposa de Jesucristo, se llena mi pecho de su caridad y de su misericordia, quizá algun dia rezaré fervorosa por un francés; si esto sucede, el nombre de ese francés será el vuestro. Señor, adios para siempre. Si alguna vez recordais mi desdi-

chada historia, decidle á Napoleon á qué precio se adquieren los láuros militares.

Y se alejó apoyada en el brazo del reverendo fray Francisco.

X.

Pocos días eran pasados cuando el general Dupont leía un pliego que le mandó el jefe francés Mr. de Faria. Contenia todos los pormenores de la antecedente historia. Al final decia Mr. de Faria: «Mandadme, mi general, á la helada Rusia ó al Africa abrasada. España es inconquistable.»

—Ya lo sabia yo, dijo Dupont cerrando el pliego. Aquí perderemos todo el honor militar.

Y exhaló un suspiro.

Antes de que terminára julio, el general Dupont en los campos de Bailen rendia su espada á los pies del gran Castaños.

Pedro-Abad, Octubre de 1860.

FIN.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

Department of Chemistry
Chicago, Illinois

1950

Dear Sirs:
I have the pleasure to inform you that your application for admission to the Ph.D. program in Chemistry for the fall semester of 1950 has been approved. You will receive a letter from the Registrar regarding the admission process and the requirements for the program.

Very truly yours,
[Signature]

1950

